

NIEVES HIDALGO

Lili, la intrépida
hija del duque



Selecta

Lili, la intrépida hija del duque

Nieves Hidalgo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Capítulo 1

*H*atfield Manor. Londres. 1818

—¡Hasta aquí has llegado, Lili! —vociferó el duque de Hatfield, palmeando la mesa de su despacho.

La muchacha dio un brinco, lo miró con los ojos abiertos como platos y hasta retrocedió un paso. Nunca vio a su padre tan exaltado, ni siquiera cuando sus tíos Alan y Vincent perpetraron algún escándalo.

Reconocía que su última salida, que solo Dios sabía cómo había llegado a sus oídos, fue una locura. Pero no más que otras que llevó a cabo con anterioridad. Claro que, de esas, su padre no tenía noticias; solo su dama de compañía y su cochero estaban al tanto de sus idas y venidas, y morirían antes de revelarlo.

Bueno, ellos y el maldito Patrick, con el que había tenido la desgracia de darse de bruces en un par de ocasiones. Esperaba, al menos, que aquel borrico no se fuera de la lengua, o acabaría metida en un convento.

Fuera como fuese, no pensaba dejar de lado sus actividades: ayudar a la gente que malvivía en Whitechapel y redactar octavillas subversivas, que exigían mejoras al Gobierno. Firmar aquellos panfletos que empapelaban Lon-

dres de cuando en cuando con una única inicial, «P», había hecho suponer a todos que se trataba de un hombre. Le fastidiaba tener que utilizar la primera letra de su segundo nombre, Phillippa, pero no podía hacer otra cosa. Por dos razones: porque a nadie le interesaba lo que pudiera pensar una mujer, y porque hubiera supuesto no solo el convento, sino acabar entre rejas. Prefería luchar en la sombra.

—Vete a tu cuarto ahora mismo. —Oyó que decía su padre—. Desde este momento tienes prohibida la salida de Hatfield Manor.

—¿Me estás encerrando en casa? —Se indignó.

—Llámalo como quieras.

—No es justo.

—Lo que no es justo es que acabes matando a tu madre de un disgusto.

—No he hecho nada malo, yo solo...

—Tú solo has tenido la estúpida idea de marcharte de casa en plena noche para ir a uno de los barrios más peligrosos de Londres. ¡Whitechapel! ¡Por todos los infiernos! ¿En qué demonios estabas pensando?

—¿Me hubieras permitido ir por las buenas?

—¡Desde luego que no!

—Ahí lo tienes. De haberte pedido permiso, te habrías negado en redondo.

—Hay otros modos de ayudar.

—Los tíos y tú intentáis que el Parlamento redacte leyes para paliar la explotación infantil, lo sé. Pero te recuerdo, papá, que las mujeres ni pinchamos ni cortamos en esta sociedad; nuestra firma no sirve para nada, no se nos escucha, así que de poco serviría que lo gritara. Yo me valgo de otros medios.

—Colabora en obras de caridad con algún grupo de da-

mas.

—¿Te refieres a pensar en cómo reunir ropas, alimentos o dinero, mientras tomo el té con pastas en un elegante salón, rodeada de lujos, soportando a mujeres que no tienen más que pájaros en la cabeza? —Soltó un bufido nada femenino.

Lord Hatfield entrecerró los ojos y clavó la mirada en su hija. ¿Qué había hecho mal para que Dios lo castigara con un heredero díscolo y una hija loca de remate? A Julian podía pasarle por alto ciertas cosas, al fin y al cabo, no era más que un muchacho que aún estaba en el colegio. Pero Liliana tenía ya edad para comportarse con prudencia, buscar un marido y darle nietos. Por el contrario, se interesaba lo justo por los eventos sociales, había desestimado todas y cada una de las ofertas matrimoniales desde su presentación y, por si fuera poco, visitaba los barrios bajos. Colarse en algún local de baja estofa para ser testigo de una partida de dados hasta le había resultado gracioso cuando se enteró de esas andanzas. Porque habían llegado a sus oídos, claro. Todos los Chambers fueron siempre propensos a hacer algún disparate de vez en cuando y él intentaba no menoscabar la libertad de Lili por el hecho de haber nacido mujer; además, en ocasiones anteriores, había tenido como carabina a Vincent o a Alan, sus tíos. No es que aquellos dos fueran unos santos, pero sabía que Lili estaba a salvo con cualquiera de ellos.

Ahora bien, escaparse por la noche para ir a Whitechapel era una chifladura que no iba a pasar por alto por mucho que Michael, el cochero, en quien confiaba plenamente, hubiera guardado sus espaldas.

Inspiró hondo para calmarse. Acababa de perder los estribos ante su hija y ese no era su modo de actuar. Había si-

do un niño revoltoso, como todos, pero no irreflexivo ni atolondrado. La muerte de su padre, obligándole a hacerse cargo de la herencia familiar y de dos hermanos menores, echó sobre sus hombros una responsabilidad que no esperaba tan pronto. Pocas veces, desde que asumiera el ducado, se permitió dejarse llevar por la cólera. Sin embargo, la insensatez de Lili lo había sacado de sus casillas, y lo lamentaba.

—A tu cuarto —repitió sentándose y dando un vistazo a los documentos que tenía sobre la mesa, finalizando así aquella conversación.

La muchacha irguió el mentón y apretó los labios. Hubiera querido seguir con la discusión, hacer ver a su padre que estaba equivocado, que nada tenía de malo ayudar a las pobres gentes que vivían en la miseria. Pero no era el momento, así que dio media vuelta y salió de allí con la sangre bulléndole en las venas.

Corrió escaleras arriba, empujó la puerta de su dormitorio y la cerró con ímpetu, echando luego el pestillo. Se sentó frente al espejo de la coqueta, sacó una cuartilla del cajón derecho y mojó la pluma en el tintero. P iba a redactar una nueva octavilla subversiva. Procurando, como siempre, realizar trazos más masculinos, comenzó a escribir.

Antes de acabar la primera frase, se quedó pensativa. ¿Quién demonios le habría ido a su padre con el cuento? Descartó de inmediato a su nueva amiga, la pupila de su tío Alan; no podía haber sido Barbara puesto que la acompañó en su visita y tenía que perder tanto como ella. Era posible que, al haber aparecido con la pequeña Betsy en brazos, su tío hubiera sacado sus propias conclusiones viéndola a ella como la instigadora de aquella aventura nocturna. Pero dudaba de que él le hubiera ido con el chisme a

su padre, aunque sí le habría echado una buena bronca de haberla tenido enfrente. Claro que, por mucho escándalo que le hubiera montado, no podría quitarle la satisfacción de haber ayudado a salvar a Betsy. Dejar a la niña en casa de Samuel y Bertha, enferma como estaba, hubiera sido condenarla a morir; aunque eran dos personas maravillosas, que anteponían el bienestar de los niños que tenían a su cuidado al suyo propio, no podían hacer más de lo que ya hacían, que era mucho. Al menos, los pequeños a los que acogían no acababan vendidos a minas o fábricas, ni tenían que prostituirse.

Barbara Ross había sido muy valiente llevándose a Betsy con ella. Rezaba para que su tío Alan no le hiciera pagar su buena obra.[1]

Flora Pitt, su dama de compañía, ni siquiera se había enterado de su escapada en aquella ocasión. Y a Michael, su cochero y hombre de confianza, que hacía las veces de guardaespaldas en sus incursiones, ni se le pasaría por la cabeza delatarla.

Entonces, ¿quién había ido con el chivatazo a su padre?

Solo se le vino un nombre a la cabeza como posible soplón: Patrick Farraday. El condenado vizconde de Weymouth, futuro conde de Hardstone.

Conocía a Patrick desde siempre, puesto que su propiedad lindaba con Hatfield Manor y ella había sido compañera de juegos de su hermana pequeña, Elisa. Recordar a su amiga de la infancia siempre le provocaba un tironcito en el corazón; seguía echándola de menos.

Con cuatro años, ella iba siempre detrás de aquel muchacho alto, flacucho y de preciosos ojos verdes, que ya tenía doce y algún grano en la cara; con ocho, lo elevó a la categoría de héroe; a los trece, estaba perdidamente ena-

morada de él; a los catorce, se dio cuenta de que los hombres, todos, eran unos lelos que preferían perder el tiempo en decir frases bonitas a una chica y besarla a escondidas, en lugar de hacer cosas más interesantes, como competir en una carrera a caballo. Luego, Patrick se alistó para ir a una guerra de verdad contra Napoleón y acabaron por perder el contacto. Supo de él por las noticias que llegaban a Hatfield Manor gracias a sus padres, los condes de Hardstone, y hasta temió por su vida, pero nunca quiso reconocer que lo echaba de menos. Al acabar la contienda y regresar a Inglaterra, lo normal hubiera sido que eligiera a una dama y contrajera matrimonio. Sin embargo, Patrick decidió que no le interesaba casarse. No era extraño que el conde estuviera enojado y que, cada dos por tres, padre e hijo discutieran sobre ese punto, haciendo que Patrick pasara más tiempo en la ciudad que en Hardstone Manor.

Fuera como fuese, en los últimos días se había dado de bruces con él en más de una ocasión. A veces, cuando hacía una de sus extrañas salidas, le parecía sentir su aliento en el cogote.

—Si me entero de que has sido tú el soplón, Patrick, te saco esos bonitos ojos que tienes —prometió en voz alta a la imagen que se reflejaba en el espejo.

Capítulo 2

Weymouth pasó el brazo izquierdo por encima del respaldo del asiento que ocupaba, se mojó los labios en la inmejorable bebida que les sirvieran y guardó silencio.

No le gustaba nada, pero nada, la propuesta que acababan de hacerle. Por él, hubiera seguido los pasos de Liliana Chambers hasta el mismísimo infierno, porque le tenían intrigado sus idas y venidas, nada lógicas en una dama de buena cuna. Pero acceder a lo que le estaban pidiendo, era muy distinto.

Evocando la imagen de la muchacha, admitió que no era extraño que los hombres se sintieran atraídos por aquella loca de remate. Se había convertido en una belleza. Loca, eso sí, pero belleza, al fin y al cabo. Hasta se le podían perdonar sus excentricidades con tal de contemplar esos ojos de gata que llevaban a más de uno por la calle de la amargura.

Cuando se fue de Inglaterra, ella era aún una adolescente con más pájaros en la cabeza que grillos en una noche de verano; nada en Lili destacaba de modo especial, salvo aquel cabello que parecía estar hecho con rayos de luna. En ese tiempo tampoco era demasiado bonita: flaca como

una vara, sin preocuparse por los peinados de moda ni por llevar bonitos vestidos, como cualquier joven de la alta sociedad. En más de una ocasión la vio con ropa usada porque, según decía ella, para montar por Hatfield Manor no necesitaba ponerse un carísimo traje de amazona.

—La ropa elegante la dejo para cuando tenga que asistir a tediosas veladas —dijo en cierta ocasión—. Y, gracias a Dios, aún falta un tiempo para mi presentación en sociedad.

Recordaba esas palabras como si las hubiera escuchado ese mismo día. Se había reído de su modo de pensar, imaginando que, al cabo de un par de años, cambiaría de idea. Todas las mujeres soñaban con ser presentadas en la corte, con su puesta de largo, con bailes y caballeros que les obsequiaran flores o bombones, que desgranasen requiebros en sus oídos. Resumiendo: con un marido. No Lili. Ella seguía utilizando ropa gastada, incluso pantalones masculinos, para montar a caballo por la propiedad. Lo que era peor, según su padre: parecía decidida a no aceptar a ningún hombre de los muchos que habían intentado cortejarla.

—Bien, ¿qué me dices?

Patrick suspiró, se acabó la copa y la dejó sobre la mesa que tenía al lado. No sabía qué contestar. Por un lado, deseaba ayudar al duque de Hatfield porque lo estimaba, era amigo de su familia desde que él recordaba y siempre lo trató como a un hijo. Por otra parte, se encontraba en la encrucijada de fisgonear en la vida de Lili, y no sería extraño que ella le abriera la cabeza en el momento más insospechado.

—Excelencia, yo...

—¡Déjate de excelencia ni de narices, Patrick! —protestó

Conrad, dejando también su copa—. Estamos solos. Y te estoy pidiendo un favor.

—Que implica vigilar nada menos que a Lili, pegándome a ella.

—Que implica vigilar a mi hija, sí.

—Usted sabe muy bien cómo las gasta; no va a admitirlo.

—No me vas a decir ahora que te asusta enfrentarte a una muchacha.

—Su hija no es una muchacha cualquiera, Hatfield, y usted lo sabe. Es una gata salvaje.

—Tiene genio, no puedo negarlo.

—¿Genio? ¡Ja!

Conrad Chambers entendía la disyuntiva en la que se encontraba el joven, pero no le quedaba más remedio que pedirle ayuda. Después de haberse enterado de las salidas de Lili, no podía arriesgarse a que continuara con ellas sin alguien que la protegiese. Porque continuaría, de eso no le cabía la menor duda. Los barrios bajos eran peligrosos, y ella, demasiado bonita para no acabar en manos de cualquier desaprensivo. No quería ni pensar lo que podría sucederle.

—No puedo tenerla siempre encerrada —dijo con voz quejumbrosa, casi de derrota.

—Debería meterla en su cuarto y tirar la llave. ¿No se lo ha pensado?

Conrad se quedó mirando a su vecino y acabó por echarse a reír.

—No sería mala idea. Desde luego que no lo sería, muchacho. Lo malo es que me echaría a mi esposa encima. Me arriesgo a luchar contra una; contra las dos, ni loco.

Patrick sonrió y acabó por ceder, con condiciones.

—Ella debe aceptar que la acompañe, de otro modo no cuento conmigo.

—Podrías vigilarla a distancia.

—Lili tiene ojos en la nuca, jamás he podido sorprenderla y me temo que, no se ofenda, al igual que las brujas, ha desarrollado ese sexto sentido con los años. No transijo en eso, señor: o ella acepta mi compañía, aunque sea a disgusto, o no hay trato.

Conrad chascó la lengua y asintió:

—Me encargaré de que así sea, puedes estar seguro.

Capítulo 3

Suzanne echó un rápido vistazo al libro que estaba sobre la coqueta, lo que no pasó desapercibido para Lili.

—Si quieres, puedo prestártelo.

La muchacha se encogió de hombros y ayudó a su joven ama a ponerse la capa.

—Aún no sé leer muy bien, milady.

—Acabarás por hacerlo; hasta entonces, si quieres, podemos leerlo juntas, un capítulo cada noche, antes de irnos a la cama. Es apasionante.

—¿De qué trata?

—De un doctor que crea un cuerpo con partes de otros cadáveres.[2]

Suzanne puso cara de horror y movió la mano derecha, como si quisiera alejar a los fantasmas.

—Deje, deje, milady.

—Como quieras. Pero te advierto que te perderás una historia fascinante. ¿Ha llegado ya mi carcelero? —preguntó con acritud mientras se cerraba el broche de la capa elegida para salir.

—¿Puedo decirle que esa prenda no le sienta bien?

—Puedes. Pero es la que llevaré.

Suzanne asintió. Ya estaba acostumbrada a que su señora le pidiese cuidar del rancio vestuario que guardaba en su armario, y que solía usar de vez en cuando, como si fueran sus mejores trajes.

—Hace un buen rato que lord Weymouth espera abajo, milady —contestó por fin—. No sé por qué le tiene tanta ojeriza, es un caballero guapísimo.

Liliana enarcó las cejas y se quedó mirando a su criada hasta que ella se ruborizó.

—Lo es. Pero eso no implica que yo deba de soportarlo pegado a mi trasero cada vez que salgo.

—¡Milady, por Dios!

—¡A mi trasero! —repitió Liliana con más énfasis, haciéndose con los paquetes que había sobre la cama, antes de que a la criada le diese tiempo a ayudarla. Se le calentaba la sangre de solo pensar que, una vez más, debería soportar la presencia de Patrick. Hacía quince días que no podía realizar sus habituales salidas sin llevarlo de escolta, y esa tarde tendría que volver a aguantarlo. Su padre la había dado a elegir: o con Weymouth de escolta o en casa. Por supuesto, no le quedó otra opción que claudicar. Lamentó su salida de tono porque su criada no tenía la culpa—. Lo siento, pero me desquicia todo este asunto; ojalá me lo pudiera quitar de encima.

—Ojalá usted, milady, fuera algo más sensata. Discúlpe-me, por favor —rectificó de inmediato Suzanne al ver el gesto de estupor de la muchacha—, no quiero que piense que me meto en sus asuntos, no soy quién para hacerlo. Es solo que temo por usted.

Liliana sonrió entonces y su gesto se dulcificó.

—Sabes que te lo agradezco, pero no tienes por qué inquietarte; sé muy bien lo que hago —manifestó antes de